

Bajo un título provocador, aunque muy descriptivo, el autor presenta los rasgos que hicieron del cristianismo un fenómeno ciertamente único en el mundo del Imperio romano

El valor de la singularidad

Estamos ante un libro espléndido, que se lee con un enorme interés. La obra de **Larry Hurtado** –cate-drático emérito de Teología del Nuevo Testamento e historia de los primeros cristianos en la Universidad de Edimburgo– se centra, en primer lugar, en aquellos rasgos que hicieron del cristianismo una realidad “religiosa” singular en el mundo del Imperio romano. De hecho, el subtítulo original lo describe perfectamente: *La singularidad del cristianismo antiguo en el mundo romano*. Curiosamente, dice el autor, algunos de los rasgos distintivos que le valieron al joven cristianismo la reprobación social son justo los que han llegado a ser hoy características reconocibles de las religiones: la creencia en un Dios único, la no identificación entre identidad religiosa y raza o nación, la importancia del “libro” o “Escritura” y el acento en la conducta (ética). De hecho, estas características singulares son las que van a constituir, a grandes rasgos, los capítulos de la obra.

En el capítulo 1 (“Cristianos y cristianismo primitivo a los ojos de los no cristianos”), se pasa revista a los principales testimonios paganos sobre el juicio que merecía el cristianismo. La conclusión es que el cristianismo era percibido como algo distinto y, en general, reprobable, pues era considerado como una “religión” sin imágenes divinas, ni altares, ni edificios específicos para el culto –que carecía de sacrificios y de personal especializado (“sacerdotes”), etc.–. Una cuestión intere-

sante, aunque no abordada aquí por el profesor Hurtado (sí en otras: *¿Cómo llegó Jesús a ser Dios? Sígueme*, 2013, y, sobre todo, *Why on Earth did Anyone Become a Christian in the First Three Centuries?* Marquette University Press, 2016), es la de las razones que movieron a muchos a hacerse cristianos, a pesar de las consecuencias incómodas o desagradables –por decirlo suavemente– que en muchas ocasiones conllevaba (con frecuencia por parte de la propia familia y allegados).

Semejanza-diferencia

El capítulo 2 (“Un nuevo tipo de fe”) se ocupa de la clase de fe que representaba el cristianismo. Y en él se resalta el rasgo de la exclusividad, ciertamente heredada del judaísmo, aunque diferenciada de él en la inclusión de **Jesús** en el núcleo de la fe y la praxis cristianas. Por cierto, hay que destacar que la obra sabe considerar adecuadamente la relación de semejanza-diferencia entre judaísmo y cristianismo.

El capítulo 3 (“Una identidad diferente”) presenta al cristianismo como una identidad religiosa comunitaria que se distingue claramente –y se separa– de aquellas otras en las cuales

constituían elementos esenciales las relaciones familiares, ciudadanas o étnicas.

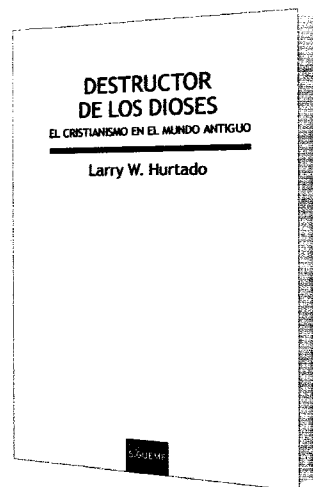
En el capítulo 4 (“Una religión ‘libresca’”), el autor se ocupa de la naturaleza “libresca” o “textual” del cristianismo, atendiendo a la importancia concedida a la lectura y redacción de textos, así como a su copia y

Lo recomiendo por:

Porque ofrece un panorama ciertamente clarificador que a muchos sorprenderá.

Otro imprescindible:

Santiago Guljarro,
La primera evangelización en los orígenes del cristianismo.
Ediciones Sígueme, Salamanca, 2016 (2ª ed. aum.).



DESTRUCTOR DE LOS DIOS

El cristianismo en el mundo antiguo

Larry W. Hurtado

Ediciones Sígueme

Salamanca, 2017 · 288 pp.

difusión (junto a los rasgos materiales y visuales característicos de los primeros libros cristianos).

Finalmente, el capítulo 5 (“Una nueva forma de vida”) subraya la praxis social y de conducta como elemento esencial del cristianismo antiguo. Y lo hace analizando algunas cuestiones como el abandono infantil (sobre todo de niñas), las luchas de gladiadores, las relaciones sexuales (sobre todo de los varones) o el abuso infantil o pederastia, costumbre admitida en aquel tiempo. (Hay que recordar que los cristianos dejaron de hablar de “pederastia” [de *paidós*, “niño”, y *eraô*, “amar sexual y apasionadamente”] debido a su aceptación social, y usaron *paidofthorê*, “corromper o destruir al niño”: las palabras tienen su importancia.)

El título de la obra, *Destructor de los dioses* –ciertamente provocador, pero bastante descriptivo–, apunta al resultado final de un proceso que, expresado numéricamente, pasó de unos mil cristianos en los años 40 d.C., a entre siete y diez mil en el año 100, unos doscientos mil en el 200 y entre cinco o seis millones en el 300.

PEDRO BARRADO